

Ya desde el título, en el que el suicida ensucia su huida definitiva con su descortesía.

A partir de estos tres elementos, estas tres evocaciones, son variadas las combinaciones que permite, sin olvidar otro de los componentes que acaba de aderezar el compuesto: el humor, importante para salvar muchas de las situaciones o para incorporar buena parte de las situaciones absurdas a las que se ha de hacer frente a lo largo del día.

De las evocaciones más abstractas y más poéticas, Vitale pasa de inmediato a referentes actuales, contemporáneos y casi costumbristas. De nuevo, en este tránsito el humor juega un papel destacado. Existe otro grupo de prosas breves en las que, dejando de lado la parte más reflexiva, Vitale sale a la calle y recoge cuanto ve, expresiones que roba de conversaciones, epitafios que copia de lápidas en cementerios o grafitis que quieren ser revolucionarios.

En conclusión, esta *Descortesía del suicida* es una sola cosa siendo muchas a la vez. Ése es el principal mérito de los buenos cuentos y esa diversidad de elementos con los que el lector se encuentra al adentrarse en el mundo de este suicida descortés es el regalo que Vitale hace a sus lectores.

SÒNIA HERNÁNDEZ



Mis dos mundos
Sergio Chejfec
Candaya, Barcelona, 2008,
128 págs.

En una novela anterior a la reseñada en esta revista (*Boca de lobo*, 2000) el novelista argentino Sergio Chejfec utiliza una curiosa expresión para visualizar el sentido que en su caso tiene el acto creativo como gesto ligado a un elaborado proceso de reflexión: *una palabra*—afirma el escritor— *no siempre es únicamente esa sola palabra, como muestran muchas novelas*. Es decir, por debajo de la narración desarrollada por la creación novelística, Chejfec (Buenos Aires 1956) induce a pensar algo terrible que determina el proceso creativo desde la humildad de sus orígenes, desde el simple acto de coger una cuartilla o un ordenador y comenzar a unir signos alfabéticos: las piedras sobre las que se construye el castillo de la trama, son las propias carceleras de su sentido. En la colocación de cada palabra no se diseña otra cosa sino un campo minado que el escritor (en una actitud de víctima y explorador equivalente a la del lector) recorre con

el pánico de saltar por los aires a causa de un mal paso. Desde esa perspectiva, Chefec se aparta a un lado en relación con los modelos narrativos al uso; no los combate ni los denigra, sencillamente se distancia de su recorrido dejando que sean otros lo que carguen con la responsabilidad de recorrer una y otra vez los caminos de una narrativa que se ha adentrado en el siglo XXI con la sensibilidad del XIX.

En alusión a esa manera de Chefec de entender la literatura, como un premeditado cuestionamiento sin otra solución que la creación misma, se suele hacer alusión a Sebald, penúltimo eslabón de una corriente de solitarios que vivió la creación con el pasmo de quien acaba de descubrir una fuente y no sabe como no desperdiciar el agua que mana de ella. La comparación no es mala, pero no creo –y tal vez me exceda en la apreciación– que ni los intereses de Sebald ni su metodología de taxonomista le resulten afines al novelista bonaerense. Más próxima a la mirada rasa que muestra Chefec me parece otro de los grandes narradores y buscadores de sentido que ha dado Europa: el suizo Robert Walser, un escritor capaz de hacer explícita en su prosa los problemas esenciales de su relación con el mundo y de la ambivalencia de las palabras para dar un retrato adecuado de un desajuste insalvable. Y mucho más atrás, y escarbando en la raíz del asunto, se me antoja que un antecedente fuera Laurence Sterne, con su *Tristram Shandy* y, sobre todo, con *Viaje sentimental por Francia e Italia*, en un camino que acaba creando vínculos entre el autor de *Mis dos mundos*

con otras compañías poco recomendables como Cervantes. No en vano es Sterne quien afirma en su segunda obra citada: *Era ir, bien que lo sé, como el Caballero de la Triste Figura, en busca de aventuras melancólicas, mas es lo cierto que nunca me siento tan consciente de que existe en mí un alma como cuando me adentro en esta clase de aventuras*. Sterne habla de las incertidumbres de su viaje en unos términos que se avienen con los que Chefec experimenta recorriendo/amasando sus novelas; con las mismas expectativas a corto plazo de quienes –otros lo han dicho: Goytiso, Marías...– navegan sin aguja de marear.

En esa orientación que reconvierte la trama de la novela en el propio trabajo de escribirla radica la profunda felicidad lectora producida por *Mis dos mundos*. En la novela, un sujeto que no es otro que el propio autor arranca con una afirmación incidental que tiene algo de confesión y, por descontado, interpelación al lector: *Quedan pocos días hasta un nuevo cumpleaños, y si decido comenzar de este modo es porque dos amigos a través de sus libros me hicieron ver que estas fechas pueden ser motivo de reflexión, y de excusa o justificación, sobre el tiempo vivido*. Pocas veces en los últimos tiempos, en medio de las modas al uso que rehúyen enunciar el arranque de la novela como el inicio de un viaje sin otro destinatario que uno mismo, ha aparecido un reconocimiento tan sincero de la capacidad constructora de la narración. ¿Santa Teresa?, ¿de nuevo Laurence Sterne?, ¿el Stendhal de *Vida de Henry Brulard*, pero sobre todo de *Recuerdos de egotismo...*?

Son tantos los ecos que arrancan esas palabras, que el lector enseguida se frota las manos sabiendo que va a encontrar algo que, acertado o fallido, no le coloque estadísticamente en la categoría de imbécil. Chefec juega fuerte, y a partir de ese enunciado inicial, cumple su palabra, convirtiendo *Mis dos mundos* en esa *reflexión* invocada en la cuarta línea.

El proceso, centrado cronológicamente, tiene también un espacio geográfico exacto: la ciudad brasileña en la que Chefec se encuentra participando en una reunión de escritores y donde dispone de un tiempo libre –el interminable tiempo muerto de los congresos– para descansar en su hotel y conocer mejor la localidad que le ha invitado. Y en ese descubrimiento urbano, en el que se suman la soledad del hotel y el rumor de la ciudad incitando a su conocimiento, el escritor fija su atención en la visita a un parque descubierto en el mapa –*la mancha más grande de la ciudad*– y que se le antoja adecuado para su estado de ánimo (Walter Benjamin, y a través suyo, Baudelaire). Argumentalmente, *Mis dos mundos* no explica nada más que lo ocurrido en ese limitado espacio de tiempo del que dispone Chefec y detalla el recorrido que se ve obligado a realizar para llegar, y finalmente disfrutar, de ese parque que visto en el plano le había parecido próximo, pero cuya llegada le supone retos e inconvenientes imprevisibles que le obligarán a demorar la excursión y planificar una estrategia de acceso. Absolutamente solo, el narrador, reconvertido en explorador, reacciona ante lo que

ve y, sobre todo, ante lo que le sugiere lo que ve. Esa reacción implica una relación dúctil, en continua recomposición, con el presente y el pasado que le lleva a momentos de una intensidad extraordinaria descrita con la parsimonia de quien anota sus pensamientos sólo para entenderlos mejor. Cualquier desconocido puede evocar la existencia de otros desconocidos que, de forma equívoca, acompañan o acompañaron al autor. Desconocidos que: *Hoy son vapor y sombra, o apenas la mancha insegura de una presencia furtiva. Pese a su aparente inutilidad (...) los fantasmas me rescatan, un poco me despabilan porque con su presencia incierta me instalan en otro lugar, no sé cómo llamarlo, en una secuencia lateral de los hechos.* ¿No fue James quien definió los fantasmas como «presencias perfectas»? La recuperación de la palabra fantasma aplicada al contexto en que la usa Chefec, seguramente no hubiese desagradado al autor de *Otra vuelta de tuerca*.

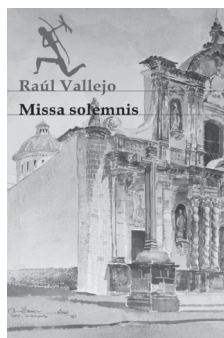
Hay también viaje en el espacio combinado con el viaje temporal, y así el recorrido por ese parque, el descubrimiento de sus zonas oscuras y de sus zonas de recreo, de sus jaulas para pájaros y sus personajes habituales, de su lago..., le lleva a recordar otros parques, o mejor, otro parque, en este caso europeo, alemán, al que se ha unido en su memoria alguna experiencia significativa equivalente. A partir de esas miradas y recuerdos, Chefec construye un personaje desdoblado del propio autor. No es el escritor quien se confiese o autoanaliza, sino un autor posible que

flirtea con su propia soledad en busca de una identidad reconstruida sin censar. Y ese autoanálisis, en el otro parque, el evocado, le conduce a una visión de sí mismo en un momento crucial que se desliza con la suavidad de una confesión efectuada en voz baja: a la orilla del lago, con la libreta en la mano, repitiendo la imagen manida, previsible de tantas y tantas tardes en otros tantos lugares del globo que, estando abiertos dan pie a la intimidad, el bonaerense descubre que: *De tanto adoptar una actitud de escritor, había terminado siéndolo; y ahora –en el ahora brasileño–, en una especie de pá-nico retrospectivo me aterrorizaba que me descubrieran, justamente cuando podía considerar despejados casi todos los peligros [...]; temía que alguien, pasando al lado de mi cuaderno abierto, me desenmascara como un simple y deliberado impostor.*

No es una mala lección de humildad la de quien cifra su supervivencia como escritor a la superación del pánico ante la impostura. La barrera entre lo ansiado y lo previsible es demasiado pequeña para acertar siempre a fijarla con nitidez, pero ese sigue siendo el reto de la escritura creativa. La renuncia a ese referente es la puerta a lo que Chejfec teme mientras abre su libreta en el parque y observa las viejas barcas con forma de cisne atadas al pontón. Sin quitar la mirada de las aguas del estanque este libro es la respuesta a la imprecación que encabezaba la primera página: la proximidad de un aniversario es buen momento para hacer balance entre lo obtenido y lo que ha quedado atrás. Y es que ese aniversario es la medida del

tiempo, y el tiempo, inevitablemente, va unido a la idea de final, de conclusión. Construido sobre la doble base de una visión personal y de un trasfondo literario maduro *Mis dos mundos* logra ese balance de una vida captada a mitad de su recorrido, ese cuestionamiento melancólico de las propias arenas movedizas sobre las que se desplaza la figura del narrador, al tiempo que abunda en una singularidad de la experiencia con pocas equivalencias en la narrativa en castellano. En ese sentido, la novela tiene un doble valor: su logro narrativo y su denuncia, por omisión, de las imposturas que dominan el mercado narrativo global.

PACO MARÍN



Missa solemnis
Raúl Vallejo
Editorial Seix-Barral,
Ecuador, 2008, 128 págs.

¿Qué palabra se puede decir en el sacrificio de un dios, cuando de su muerte depende la salud del mundo?